

SIMONE WEIL, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Traducción e Introducción de Carmen Revilla. Trotta (2015), 104 pp.

Alberto Gómez Vaquero*

La editorial Trotta —que lleva apostando ya desde hace varios años por traducir y editar la obra de Simone Weil— ha publicado el opúsculo titulado «Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social» (Trotta, 2015), una obra que Weil terminó de escribir en 1934 y cuya primera parte —una crítica al marxismo— apareció por primera vez esbozada en forma de artículo en *La Critique*.

El propósito principal de esta obra, tal y como anuncia su título, no es otro que el de captar el mecanismo de la opresión en las condiciones materiales de la organización social. Para conseguirlo, Weil acomete en primer lugar, como ya se ha apuntado, una crítica del marxismo en la que propone rescatar de esta teoría lo único que de ella le parece salvable: el materialismo como método de conocimiento y acción.

La aplicación de este método permite descubrir, según esta autora, que las causas de la opresión hay que buscarlas en la estructura de la fábrica, en la especialización y división de funciones, es decir, en el modo de trabajo y no en el régimen de propiedad, como insistía el marxismo clásico.

Frente a la «religión de las fuerzas productivas» propugnada por Marx y a lo que Weil considera un idealismo de raigambre hegeliana (la idea del progreso de la historia en una única dirección posible), el libro busca cimentar una nueva ciencia de la sociedad centrada en el estudio de la lucha por el poder y de la fuerza social.

Como se señala en la presentación de esta obra, que corre a cargo de Carmen Revilla: «El proyecto de renovación radical de la estructura social y de la acción

* C/ Goya 19 albertogomezvaquero@gmail.com Doctorando en Periodismo (UCM) y Grado en Filosofía e Historia (UNED)

política que aquí presenta es, en último término, una llamada al núcleo de la propia identidad que encuentra un punto de apoyo básico: la posibilidad, personal e irrenunciable, de establecer relaciones reales con lo real, sustrayéndose a la idolatría de lo social».

Pese a que el libro está marcado por el contexto social en el que fue escrito —en pleno auge de movimientos totalitarios como el fascismo y el nazismo— buena parte de sus reflexiones pueden ser analizadas al calor de la actualidad.

Así, el contexto al que la propia autora se refiere al inicio de la obra bien puede extenderse hasta hoy. Dice Weil (23): «La época actual es de aquellas en las que todo lo que normalmente parece constituir una razón para vivir se desvanece, en las que se debe cuestionar todo de nuevo, so pena de hundirse en el desconcierto o en la inconsciencia». Y añade, en una declaración que muchos podrían firmar ahora mismo: «El trabajo ya no se realiza con la orgullosa conciencia de ser útil, sino con el sentimiento humillante y angustioso de poseer, sólo por el hecho de disfrutar sencillamente de un puesto de trabajo, un privilegio concedido por un pasajero favor de la suerte, privilegio del que están excluidos muchos seres humanos». Concluyendo: «parece que el progreso técnico ha quebrado, ya que, en lugar de bienestar, lo único que ha aportado a las masas es la miseria física y moral».

Como ya hemos apuntado, la crítica al marxismo que compone la primera parte —la más voluminosa— procede, sobre todo, de la idea de Weil de que el marxismo ha terminado convirtiéndose en un dogma que no ha llegado a plantearse nunca el cuestionamiento de su propio método. «En realidad», dice Weil, «Marx da cuenta admirablemente del mecanismo de la opresión capitalista, pero lo hace sin mostrar apenas cómo este mecanismo podría dejar de funcionar». (25)

Según la autora (26): «La fuerza para explotar y oprimir a los obreros que posee la burguesía reside en los fundamentos mismos de nuestra vida social y no puede ser aniquilada por ninguna transformación política y jurídica. Esta fuerza es, ante todo y esencialmente, el régimen de producción moderno, es decir, la gran industria».

Para Weil, y en oposición a lo que piensa Marx (27): «La total subordinación del obrero a la empresa y a quienes la dirigen reposa en la estructura de la fábrica [es decir, en el modelo de producción] y no en el régimen de propiedad». Y añade (28): «toda nuestra civilización está fundada sobre la especialización, que implica

la sumisión de los que ejecutan [los obreros] a los que coordinan [intelectuales]; sobre esa base sólo se puede organizar», concluye, «la opresión, no aliviarla».

Y acusa al marxismo de conservar, como decíamos, buena parte del idealismo hegeliano, pero habiendo sustituido en su esquema el espíritu de la Historia por la materia como motor del mundo. (30-31): «El auge de la gran industria», afirma Weil, «ha hecho de las fuerzas de producción la divinidad de un tipo de religión cuya influencia sufrió Marx, a su pesar, al elaborar su concepción de la Historia».

Esta primera parte es, pues y sobre todo, un intento de derribar lo que podríamos denominar las «resistencias metafísicas» de la teoría de Karl Marx y constituye, a nuestro modo de ver, la parte más interesante del libro, emparentando directamente a Simone Weil con los filósofos posmodernos, precisamente por su empeño en eliminar cualquier vestigio de esas resistencias en el método materialista.

Como la propia autora señala (30): «El término religión puede sorprender cuando se trata de Marx; pero creer que nuestra voluntad converge con una misteriosa voluntad que actuaría en el mundo y nos ayudaría a vencer es pensar religiosamente, es creer en la Providencia». Y señala que cuando Marx habla de aspectos como «la misión histórica del proletariado» está incurriendo en un pensamiento idealista y religioso. Dicho pensamiento, concluye, al poner al hombre al servicio del progreso histórico, se torna, aun dentro del socialismo, en un mecanismo de opresión.

La segunda parte del libro está centrada en analizar la opresión y en hallar sus causas. Para Weil se trata de conocer (41): «lo que une la opresión, en general, y cada forma de opresión, en particular, al régimen de producción; dicho de otro modo, se trata de llegar a comprender en virtud de qué surge, subsiste y se transforma, en virtud de qué quizá podría, teóricamente, desaparecer».

Para Weil, al igual que la naturaleza, como probó Darwin, aniquila cualquier mutación ineficaz, lo que ella denomina las «condiciones de existencia» condenan a la ineficacia todo esfuerzo que las sociedades lleven a cabo contra ellas, como por ejemplo, iniciar un desarme unilateral en un contexto internacional marcado por la guerra.

Esas «condiciones de existencia», apunta, «están determinadas, por una parte, por el medio natural, por otra por la actividad y particularmente por la competencia con otros organismos de la misma especie, es decir, [por] otros grupos sociales». Un tercer factor, añade, lo compondrían la disposición del medio natural, la maquinaria, el armamento, los procedimientos de trabajo,... Éste sería el único factor sobre el que una sociedad podría tener algún dominio. (43)

De acuerdo con esto propone (44) «encontrar cuál es la forma menos opresiva de organización social para un conjunto de condiciones objetivas determinadas; definir, en fin, en este ámbito, el poder de acción y las responsabilidades de los individuos considerados como tales. Sólo en estas condiciones la acción política podría llegar a ser algo análogo a un trabajo, en lugar de ser [...] bien un juego o bien una rama de la magia».

Desde un análisis de la fuerza —y a través de ejemplos históricos como el paso de una religión natural a otra más organizada— Weil sostiene la teoría de que (48) «dondequiera que, en la lucha contra los hombres o contra la naturaleza, los esfuerzos han de unirse y coordinarse para ser eficaces, la coordinación deviene monopolio de algunos dirigentes [...]; la primera ley que poner en ejecución es, entonces, la obediencia; es esta la situación tanto en la administración de asuntos públicos como en las empresas».

Para Weil, esta desigualdad, si sólo imperara por ese monopolio de la coordinación o por otro factor como es el de los intercambios (el papel de la moneda), se podría suavizar; sin embargo, ella ve otro factor que lo dificulta y que ya no pertenece a la relación del hombre con la naturaleza, sino a la relación entre los hombres. Ese factor es la lucha por el poder. «Conservar el poder es para los poderosos», dice, «una necesidad vital puesto que es su poder lo que los alimenta» (48), en un sentido material, pero también espiritual.

Para Weil (49): «Sólo hay dos formas de romper el círculo: suprimiendo la desigualdad [el esquema: alguien que manda frente a alguien que obedece] o estableciendo un poder estable, un poder que equilibre a los que mandan y a los que obedecen. Esta segunda opción es la que han buscado», puntualiza, «todos aquellos a los que se considera partidarios del orden, [...] los hombres de derechas sinceros y reflexivos. Pero esta estabilidad del poder, objetivo de los que se dicen realistas» es para ella quimérica, irrealizable, porque la única manera de lograr un poder estable (pág. 50) es el exterminio total de aquellos sobre los que

se ejerce el poder. Pero eso, matiza, significa suprimir el poder mismo: pues no habría sobre quien ejercerlo.

Los instrumentos de poder (dinero, armas, secretos,...) «existen siempre fuera de quien dispone de ellos y pueden ser tomados por otros. Todo poder, pues, es inestable».

La lucha por el poder es para Weil uno de los motores principales de la Historia, pues si toda actividad humana implica un sacrificio para lograr un fin, la búsqueda de poder (51) «excluye cualquier consideración de fines, llegando en una inevitable inversión, a ocupar el lugar de todos los fines. Esta inversión de la relación entre el medio y el fin es la locura fundamental que da razón de todo lo que hay de insensato y sangriento a lo largo de la historia. La historia humana es la historia de la esclavitud que hace de los hombres, tanto de los opresores como de los oprimidos, el simple juguete de los instrumentos de dominación que ellos mismos han fabricado; rebaja así a la humanidad viva a ser un objeto de la materia inerte».

En ese escenario, para suprimir la opresión sin cambiarla por otra —sin caer en lo que W. Benjamin llamaba la inercia revolucionaria— (52) «sería necesario suprimir su origen, abolir todos los monopolios, los secretos mágicos o técnicos que proporcionan un dominio sobre la naturaleza, el armamento, la moneda, la coordinación del trabajo. Incluso cuando los oprimidos fuesen lo suficientemente conscientes como para decidirse a ello», añade Weil, «no podrían conseguirlo. Significaría condenarse a ser sojuzgados, inmediatamente, por los grupos sociales que no han llevado a cabo la misma transformación; incluso si este peligro se descartase milagrosamente, significaría condenarse a muerte, porque, una vez olvidados los procedimientos primitivos de producción y una vez transformado el medio natural al que estos correspondían, no se puede volver a entrar en contacto directo con la naturaleza».

Resulta curioso como en este punto el análisis materialista de Weil coincide con el de un autor religioso como Owen Barfield quien en *Salvar las apariencias* (Atalanta, 2015) —y bajo el nombre de participación original— sostiene también esta imposibilidad del hombre de volver a ser uno con la naturaleza.

Es en su análisis de la lucha por el poder, en todo caso, donde Weil, como al inicio del libro, vuelve a acercarse más a la actualidad, así leemos (57-58) que el capitalismo «se extienden más allá de lo que puede controlar; domina más allá

de lo que puede imponer; gasta más de lo que son sus propios recursos. Esta es la oposición interna que todo régimen opresor lleva en sí como un germe de muerte; está constituida por la oposición entre el carácter, necesariamente limitado, de las bases materiales del poder y el carácter, necesariamente ilimitado en cuanto relación entre los hombres, de la carrera por el poder».

Y añade las siguientes advertencias; primero (58-59): «cuando una determinada forma de dominación se encuentra así detenida en su impulso y acorralada hacia la decadencia, es necesario que, poco a poco, comience a desaparecer; en ocasiones, es entonces cuando, por el contrario, se hace más duramente opresora». Y segundo (62): «Aceptamos con demasiada facilidad el progreso material como un regalo del cielo, como algo que nace de su peso; hay que mirar de frente el precio que impone su realización».

Como bien apunta Carmen Revilla en su introducción (9) «Weil no es una visionaria que anticipa y predice sucesos, sino una pensadora que supo mirar y ver lo que hay y, sobre todo, lo que falta. La validez actual del diagnóstico de nuestra civilización que elabora a partir de un asiduo y metódico trabajo que conduce a una descripción de la realidad de despiadada lucidez, da testimonio de que también supo decirlo».

Finalmente, Weil realiza en la tercera parte de la obra un breve bosquejo teórico de lo que podría ser una sociedad libre, bosquejo en el que trata de no caer en la utopía (pág 65): «En el mundo en el que vivimos no puede tener lugar, salvo por ficción, un estado de cosas en el que el hombre obtendría tanto disfrute, y con tan poca fatiga, como quisiera», explica, cargando contra cierto maquinismo —que descance el hombre y trabaje la máquina— que se había extendido a comienzos del siglo XX entre los marxistas.

Para ella, el estado ideal es aquel en el que el hombre pueda entender por libertad algo distinto a la posibilidad de obtener sin esfuerzo lo que le agrada (66); para Weil sería libre aquel ser «cuyas acciones procediesen, todas, de un juicio previo respecto al fin que se propone y el encadenamiento de los medios adecuados para conducir a este fin».

Desde un punto de vista actual, lo más destacado de esta obra de Weil es, a nuestro parecer, por un lado su empeño en desmontar esas «resistencias metafísicas» del pensamiento marxista (algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días) sin por ello renunciar a su método y, por otro lado, su certero análisis de

las condiciones de explotación del trabajador en el capitalismo avanzado y cómo éstas son el caldo de cultivo perfecto para la opresión.

También su recelo hacia el progreso material —hacia lo que podríamos llamar el crecimiento constante— y la idea de que acaso el bienestar material tal y como lo entendemos en la actualidad y la libertad tal y como ella la entiende no sean plena ni sencillamente compatibles.

Este trabajo se encuentra bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0](#)



